

consideran obra de Pedro Camprobín), o la Vanitas de cera, firmada por el italiano Josephi Trani.

El libro corona una investigación de tipo programático, en una línea ya impuesta en la investigación española. Sólo con plácemes ha de acogerse esta obra, modelo al máximo de una metodología basada en la totalidad como significado.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

ANNA MARIA MATTEUCCI, *Palazzi di Piacenza. Dal Barocco al Neoclassico*. Istituto Bancario San Paolo di Torino, Torino, 1979, 335 pp.

La densidad y calidad de la arquitectura barroca romana impide en muchas ocasiones acceder a la revisión y profundización en el barroco de otros centros regionales italianos; pero, cuando se adquiere una panorámica profunda de un conjunto urbano o de un foco provincial, el estudioso queda deslumbrado por la riqueza y variedad existente en ciudades o conjuntos menos conocidos. Por eso, antes que nada debemos destacar la virtud que tiene este libro al permitirnos saborear una parte de esa arquitectura barroca, la civil, en una ciudad italiana, Piacenza, que vivió intensamente, desde un punto de vista constructivo, su momento barroco.

Más de cien palacios señoriales, entre grandes y pequeños, fueron construidos de nueva planta, reformados parcialmente o decorados en el espacio cronológico estudiado por la autora; palacios que dieron ocasión de mostrar su admiración a los viajeros que visitaron la ciudad durante el 700 y que pese a la desaparición de algunos y el despojo sufrido en su decoración interior, por el número elevado de los catalogados permiten aún comprender el peso específico que tuvo la aristocracia, de origen mercantil o burocrático en la mayoría de los casos, durante el barroco en esta ciudad emiliana.

Matteucci que repara en la escasa incidencia de estas nuevas construcciones dentro del contexto urbanístico renacentista de Piacenza, indaga en los antecedentes de los modelos estructurales o decorativos ahora utilizados; destaca como elemento más importante de sus interiores las caprichosísimas formas que adoptan las escaleras —palacios Chiappini, Scotti, Baldini, Mulazzani, Mischi, etc.—, la elegancia de los estucos y muy especialmente las pinturas murales de sus salones de representación, realizadas por artistas no locales, cuya dirección inicial fue señalada por los hermanos Bibiena que desarrollaron lo apuntado por A. Mitelli, hasta llevar a últimas consecuencias efectos escenográficos de capital importancia, no sólo para la pintura sino especialmente para la arquitectura, el teatro e incluso las artes menores.

Interés muy particular para nosotros tiene el capítulo titulado «Da Piacenza alle residenze reali spagnole», en el que estudia la personalidad, entre otros pintores, de Bartolomé Rusca, tan activo en Aranjuez, La Granja y Madrid durante la primera mitad del siglo XVIII. Además de confirmar nuestra hipótesis sobre su formación, se analiza detenidamente su extensa obra anterior a 1734, poniéndose igualmente las bases para profundizar, desde una perspectiva más completa, en la formación como arquitecto de G. Bonavía.

Aunque los documentos no han permitido, en algunos casos, discernir la paternidad de los proyectos arquitectónicos de edificios realizados durante el siglo XVII y buena parte del siglo XVIII por artistas locales, la segunda mitad de este último siglo ve realizar en Piacenza proyectos de arquitectos milaneses, parmesanos o de otras regiones, que juntamente con decoradores lombardos, introducen en la ciudad la estética neoclásica, habién-

dose destacado la figura del pintor Paolo Borroni vencedor del joven Goya en 1771 en el concurso de la Academia de Parma.

Antes de abrirse el cuidado catálogo de obras conservadas, entre las que hay que recordar por su categoría los palacios de las familias Novati, Casati, Rota, Mandelli, Costa, Anguissola, Ferrari, Malvicini, Scotti, y un largo etcétera, se dedica un inteligente apartado a las artes del hierro de las que tan rico muestrario se puede apreciar en la ciudad.

La calidad y riqueza de las fotografías, en blanco y negro y numerosas en color, el aparato crítico, la profusión de planos y alzados y el enorme interés de reunir una bibliografía difícil de conocer, hace de esta obra un hito importante dentro de los estudios del 700 italiano, siendo además por sus connotaciones con lo español, un trabajo que no puede pasar desapercibido para los estudiosos hispanos, no sólo para los interesados por la arquitectura sino para los que lo están por la pintura, la escenografía o las artes suntuarias.—JESÚS URREA.

ORTEGA COCA, M.^a Teresa, *Eduardo García Benito*, Institución cultural Simancas, Valladolid, 1979, 144 pp., 73 reproducciones, Publicaciones de la Diputación Provincial de Valladolid.

El «Art-Déco» tiene en nuestros días una innegable actualidad. Los objetos que produjo son ya codiciadas piezas de colección, después de permanecer arrumbados medio siglo, y el gusto por sus repertorios formales inspira de nuevo la decoración y el diseño industrial.

En otro orden más profundo de cosas, apunta la posibilidad todavía muy polémica, de englobar, sin connotaciones peyorativas o irónicas, bajo el término una parte muy significativa de la actividad artística creativa de los años 20 y 30.

La época del jazz y el cine mudo, de la tecnología, la velocidad y el consumo, los ballets rusos y la emancipación femenina, encontró su expresión directa en aquella estética de la regla y el compás, de las superficies brillantes, los volúmenes máxicos y el espacio sincopado, que corresponde, en el fondo a las formulaciones de la gestalttheorie y es común a toda una generación de vanguardia tanto en lo plástico como en lo literario y musical. Hoy comienzan a verse con bastante claridad las conexiones subterráneas entre estos distintos campos gracias a una cierta perspectiva histórica que ya existe y al vivísimo interés que despierta —por difusas resonancias armónicas en la psicología colectiva— aquel tiempo entre dos guerras.

Por ello ningún otro momento hubiera sido más adecuado para resituar justamente la figura de un vallisoletano universal, que fue reconocido y admirado intensamente durante el período de entreguerras para sufrir después un relativo cerco de silencio. El libro de M.^a Teresa Ortega Coca viene a culminar una serie de iniciativas, homenajes y exposiciones, destinadas a reparar esta injusta situación. En sus páginas se aporta una información básica sobre el artista con un cuadro cronológico rico y conciso de noticias biográficas, un extenso catálogo —pintura, dibujos, grabados, ilustraciones y diseños— que agrupa una muestra muy copiosa de la obra de Benito, una colección de textos del artista, una antología de críticas y una abundante bibliografía. Todo esto supone ya una aportación considerable, pero la parte más personal y abierta del trabajo se encuentra en los capítulos dedicados a encajar a Benito en el complicado laberinto de tendencias que se entrecruzaron en el campo de la vanguardia, con muchos de cuyos protagonistas más brillantes tuvo nuestro artista trato directo y buena amistad durante sus años de